

AKADEMOS es una revista semestral. De amplio espacio editorial, para la publicación de trabajos inéditos de investigación, artículos de análisis, reseñas y opinión, en los distintos tópicos de las ciencias, la tecnología, las artes y la cultura.

El análisis del alma

Luigi M. Camilot

Estudiante en Escuela de Psicología, Facultad de Ciencias y Artes

lcamilot@hotmail.com

*“El hombre ha despertado en un mundo que no comprende, y por eso trata de interpretarlo”
Carl Gustav Jung*

Resumen

La corriente científicista-materialista occidental, ha cambiado de manera radical la forma en la cual se concibe la producción de conocimiento científico en la actualidad. Esta concepción monista, sustentada a través de metodologías y técnicas centradas exclusivamente en la exploración del “objeto”; a partir de la experimentación y cuantifica-

ción de datos; ha sido irradiada de forma indiscriminada hacia todas las áreas de investigación; inclusive en aquellas tan poco acomodadas para su uso, como es el caso de la psicología. Lo anterior ha traído como resultado la “cosificación” sistemática de la esencia psíquica del hombre, y una visión reduccionista de la compleja vida anímica del sujeto. Este hito contemporáneo se encuentra profundamente vinculado al fenó-

meno histórico y ontológico de la escisión de la consciencia, que encuentra su máxima expresión en el hombre occidental moderno. Hoy más que nunca se vuelve necesario ubicar un punto de equilibrio al interior de la ciencia; donde las ciencias sociales, y especialmente la psicología, puedan reencontrarse una vez más con su propia identidad.

Palabras clave: *Alma, Psique, Cientificismo, Monismo, Escisión, Racionalismo, Intuición, Inconsciente.*

Abstract

The western scientificism—materialistic tradition has radically changed the way we now conceive the production of scientific knowledge. This monistic conception, supported by methodologies and procedures exclusively focused on, the description of the “object”; mainly through the empirical experimentation and the quantification of the information; has been indiscriminately expanded among all scientific fields; even on those, in which this way to proceed is unsuitable, such as the psychology. This misconception has lead modern science to systematically treat the psychic essence of men as an object; and to a simplify point of view of the very much complex inside experience of the mind. This contemporary milestone is deeply related to the historical and ontological phenomenon of the splitted conscious, which founds its greater expression in the modern western culture. Now, more than ever, it is necessary to find an appropriate balance within the modern science; in which social disciplines, especially psychology, are able to rediscover their own identity.

Key words: *Soul, Psyche, Scientificism, Monism, Splitting, Rationalism, Intuition, Unconscious.*

“El hombre ha muerto”. Puedo vislumbrar casi con perfecta claridad al lector abriendo con enorme sorpresa sus ojos ante tales palabras introductorias. Y es que, a pesar de la aparente trivialidad, y porque no decirlo, banalidad con la que el hombre moderno afronta el tema de la muerte hoy en día; no es habitual que nos encontremos cara a cara con una frase que nos confronte de manera tan cruda con la aniquilación propia y obligue a nuestra inmutable consciencia a recordar cuan frágil y volátil es en verdad la naturaleza humana. Similar reacción ha de haber provocado, con seguridad, Michel Foucault en sus lectores, frente a esta enigmática y oscura afirmación a mediados de la década del sesenta. Sin embargo, por mucho que esta idea perturbe la sagrada cotidianidad; y rompa nuestro armónico estado de feliz desentendimiento del mundo; es necesario hacer una pausa, y beber cada gota de este amargo cáliz. Porque lo cierto es, que el hombre ya no es el faro que ilumina y da forma a la realidad; mucho menos es esa criatura noble y benevolente; víctima de una sociedad que le corrompe y le transforma en su versión más despiadada y perversa* (Rousseau, 1762).

La historia, a través del devenir histórico, ha sido testigo a través del tiempo de los diversos papeles que ha interpretado el ser humano durante su efímero paso por este mundo. Hemos presenciado como este ha ocupado los sitios más preponderantes y privilegia-

dos dentro del universo; como objeto mediador de la realidad, como fuente de ilimitada capacidad creadora y verdad esencial. Pero también hemos conocido la faceta más misantrópica del ser; donde el hombre fue reducido a su expresión más banal, frenética y detestable dentro de la naturaleza.

Ya el ilustre filósofo y psicoanalista alemán de origen judío, Erich Fromm, habría reflexionado distendidamente sobre la influencia en la psique que, a través de la historia, las doctrinas Luteranas y Calvinistas, por citar un ejemplo concreto de este período; habrían hecho acerca del hombre por medio de la lectura que ambas elaboran sobre la naturaleza pecaminosa, inmunda e indigna, inherente a cada ser humano que transitara por esta tierra. Las corrientes protestantes de la Reforma deben haber constituido una de las concepciones más radicales en contra de la figura del hombre. Aun hoy en día es posible contrastar esta idea en muchas de las doctrinas imperantes dentro del pensamiento protestante; grabadas en piedra en los corazones de sus feligreses, en donde el solo hecho de concebir al hombre como una criatura llena de capacidades propias con poder para tomar las riendas de su vida, y dotado de un intelecto capaz de traspasar las barreras de los “límites de la voluntad divina”; continúa siendo motivo de escándalo y de la más alta condena.

En definitiva, pareciera que el ser humano es la única especie que se desprecia a sí misma. Para Fromm (1941), esta desvalorización del ser, producto de los complejos y temores internos; que tanto Lutero como

Calvino extienden y generalizan sobre su pensamiento a manera de proyección; conlleva catastróficas consecuencias sobre el devenir psicosocial del hombre; temeroso de encontrarse solo y desamparado en el mundo. Éste hará cualquier sacrificio necesario para encontrarse como parte de un todo superior. Aún si este sacrificio implica, el postrarse él mismo sobre el altar y enterrar el cuchillo en lo más hondo de su naturaleza humana. La línea de pensamiento fundamentalmente teocéntrica; trátese tanto del catolicismo tradicional, como de la posterior reforma protestante; se extendió durante todo el medioevo. Durante ese tiempo el hombre, podría decirse, pasó de forma casi inadvertida por este mundo. La verdad estaba supeditada al poder de la iglesia; por tanto no se requería demasiado del uso del intelecto, y aquellos pocos intrépidos que tenían la osadía de traspasar el estatuto, corrían el riesgo de terminar quemados en la hoguera o excomulgados en el mejor de los casos.

No es menester de este breve escrito el escudriñar a profundidad la filosofía medieval, o el funcionamiento psíquico del hombre durante el oscurantismo; para lo cual remito al lector a los trabajos de Fromm antes señalados. Sin embargo, sí es de capital interés el ubicar un punto de inflexión dentro de la historia, que devuelve al hombre a la centralidad; como máxima referencia mediadora de la realidad. Este momento, para muchos eruditos en filosofía, llega en 1637; no con un acérrimo rival de la iglesia, sino por el contrario, con un fiel creyente que decide revalorar el método con el cual aprehende-

mos la realidad y ulteriormente comprendemos el mundo. Su nombre: René Descartes. Es probable que entre los numerosos aportes y logros que el pensamiento Cartesiano obtiene en una diversidad de campos; tales como la matemática y la filosofía, entre otros, el más trascendental; dado su contexto histórico claro está, haya sido el de restituir al hombre en la centralidad cognoscitiva del universo. Descartes ubica al individuo como la *conditio sine qua non* de la realidad perceptiva del mundo. Todo esto a través de un proceso gnoseológico sustentado en el propio entendimiento, donde las generalizaciones, producto de la experiencia subjetiva quedan depuradas; y es la *razón* quien toma total protagonismo en el acto cognoscitivo del hombre; dando lugar al surgimiento del denominado racionalismo. Si bien es cierto, no puede decirse que históricamente Descartes (2005) haya sido el primero en poner en preminencia el uso de la razón, como instrumento privilegiado del hombre para aproximarse al estudio del universo; sí debe dársele el mérito de recuperar esta última en principio, durante uno de los periodos de mayor pobreza intelectual de la historia.

Eventualmente con la llegada del Renacimiento se engendraría una vasta cosecha de los frutos más selectos en materia intelectual, artística y científica. Así, de nadie es desconocido el hecho histórico; que el Renacimiento terminaría por instaurarse como un período de transición en distintos niveles; entre ellos, los campos de la filosofía y la sociología. Principalmente a través del relevo de la filosofía escolástica y el feudalismo europeo hacia una filosofía natural. Ahora

bien, aterricemos las ideas que hasta ahora nos ha llevado por este breve pero importante viaje a través de la historia; sobre el punto que realmente nos ocupa en este escrito. Avancemos hasta el año de 1885; año en el cual Friedrich Nietzsche publicaba una de las obras más emblemáticas de la historia; y que terminaría por contribuir a moldear el *Zeitgeist* del siglo XX. Nietzsche no solo crea en este texto una de las críticas mejor conocidas sobre la política contemporánea, los dogmas de la religión judeo-cristiana, y principalmente del hombre mismo; sino que más importante aún, éste es testigo de una verdadera exposición profética; donde el mismo Nietzsche (2007), se ve confrontado con los más oscuros y profundos rincones de su alma; se embarca en un exquisito viaje de contenido arquetípico, donde entabla “la conversación de su vida”. Una travesía de tan profundo contenido, que cautivo a muchas de las mentes más brillantes del siglo XIX, y cuyo examen sistemático es equiparable a través de la historia solo con obras tan influyentes, como *La Divina Comedia* de Dante Alighieri, o el *Fausto* de Goethe. Este diálogo llegaría a ser conocido posteriormente como su obra titulada: *Así habló Zaratustra*. Y es que es precisamente en el *Zaratustra* de Nietzsche, que se encuentra la tesis inicial de nuestra disertación. Nietzsche, no se caracterizó precisamente por ser un pensador conservador, ni mucho menos condescendiente. Tildado de hereje, antisemita y hasta demente; puede suponerse que a lo largo de su vida haya sido autor no solamente de brillantes volúmenes de filosofía, sino también de las más controversiales sentencias. Y con seguridad una de esas senten-

cias, que término por marcar la historia; fue la que hiciera Nietzsche en repetidas ocasiones, donde afirma que: “Dios ha muerto”. Dicha frase aun hoy en día resuena con frecuencia entre salones de clase, en discursos de movimientos sociales e ideológicos, o inclusive en grafitis cargados de resentimiento plasmados en las calles de la ciudad. Esta sentencia, sigue generando en nuestros días la misma conmoción que en su momento.

Con el paso del tiempo, el pensamiento Nietzscheano como es llamado comúnmente; ha sido producto de las más diversas formas de interpretación; y un claro ejemplo de ello es que para muchos expertos, éste fue promotor de algunas de las principales ideas antisemitas del partido nacional socialista alemán. Al retomar conceptos fundamentales como es el caso del “Súper Hombre”, o la “voluntad de poder”, y ser interpretados con cierta arbitrariedad, y hasta cierto punto con la aprobación de la propia familia de Nietzsche. Sin embargo, lo que es realmente interesante retomar para nuestro análisis, es el poder dilucidar qué significado tiene esta afirmación tan oscura; donde Nietzsche afirma que Dios ha muerto. Empresa que, empero, no resulta nada sencilla. Si bien es cierto no existe ningún *consensus gentium* acerca de su significado absoluto; desde una interpretación más filosófica podemos entender que más allá de constituir un simple desahogo emocional, cargado de resentimiento y enojo; o de ser una simple y vulgar “herejía” expectorada desde lo más profundo del alma de Nietzsche; esta frase condensa una serie de ideas mucho más trascendentes; y que forman parte esencial de

un contenido mucho más elaborado dentro del pensamiento Nietzscheano. A tal punto que eventualmente terminaría por influir de manera significativa en la psique del hombre; y formaría parte incluso de la cultura popular del siglo XX. Cuando Nietzsche afirma que Dios ha muerto, en verdad que para este entonces, Dios verdaderamente había muerto. Pero lo que murió fue la imagen proyectada del hombre acerca de Dios. La imago dei, del dios judeo-cristiano; instaurada en la psique colectiva del hombre a través de los siglos; había muerto. Nietzsche vislumbró así, este “ocaso de los ídolos”, como la inevitable e irremediable fractura a la que estaban destinados los valores suprasensibles de la sociedad, y de la escala axiológica históricamente atribuida a la imagen de Dios.

Hablando en términos eminentemente psicológicos; no es pertinente el elaborar conclusiones acerca de la posible existencia metafísica de Dios, y de todo el drama que se vive alrededor de esta idea. Sino más bien en reparar en el hecho de que ésta se encuentra orientada a ser un punto de inflexión dentro de nuestra historia. Cuya significancia radica en proponer que los valores sociales, entendidos como universalmente buenos al hombre; en cualquiera de las modalidades que estos se presenten; particularmente a través de su institucionalización; como es el caso de la iglesia; no deberían de constituir las máximas premisas en la aprehensión de la realidad. Y es que hay que entender el hecho que cuando Nietzsche nos dice que “Dios ha muerto”, lo que se expone, es un nuevo paradigma filosófico-gnoseológico en el cual existe un fundamento diferente al

teocéntrico; recordemos que en el medioevo, Dios es la instancia mediadora fundamental de toda la realidad. Como bien lo expone el brillante ensayista y filósofo argentino José Pablo Feinmann, para todo aquel que acepta la idea de Dios, éste último se constituye para él en el punto de partida fundamental para conocer y explicar la realidad. Así la persona que aceptase la figura de Dios, entraría en una relación donde la realidad viene leída de forma exclusiva, a partir de la figura de Dios. Dicho de otra forma; Dios es el punto de referencia universal para interpretar y entender la realidad. Podríamos decir, de cierta manera que Nietzsche se emplaza como el máximo referente de la laicidad del pensamiento de su época. Ahora bien, se preguntarán ¿Por qué es importante esta frase de Nietzsche?, y más que nada ¿qué significado posee para nuestra actual disertación? Lo cierto es que esta pequeña, pero significativa fórmula, encuentra justamente su antítesis, su antagonista natural en la frase antes mencionada de Foucault, “El hombre ha muerto”. Valiéndonos de un recurso propuesto por Fichte, la denominada tríada dialéctica, podemos proponer a continuación la ecuación que nos será referente para aclarar este primer punto.

Como hemos visto contamos con dos hitos principales. Dos momentos históricos que han marcado el pensamiento del hombre; y que en apariencia se muestran diametralmente opuestos; pero que desde su planteamiento individual han logrado despertar suficiente interés. Por un lado, tenemos en Nietzsche la tesis que sostiene que Dios ha muerto; a esta le saldrá al paso su antíte-

sis, donde Foucault dirá, no, es el hombre quien en realidad que ha muerto. Ahora bien, para comprender con claridad esta antítesis propuesta, es necesario en primer lugar que extraigamos la esencia de la misma; y pongamos en contexto su interpretación. Paul Michele Foucault debe ser sin dunda alguna, una de las mentes más brillantes que haya emergido durante el recién siglo pasado. Si bien es cierto nunca se identificó así mismo como un expositor del estructuralismo, que por aquel entonces gozaba de su apogeo; su pensamiento se encuentra en buena parte representado dentro de éste. Tampoco es desconocido el hecho de la enorme influencia y simpatía que el mismo Foucault tuviese acerca del trabajo del propio Nietzsche. Caracterizado por su personalidad tanto multifacética como excéntrica, Foucault influyó a través de sus ideas de manera significativa a la sociología, la psicología, y de forma más concreta dentro de la filosofía. Lamentablemente, sus valiosos aportes se vieron eclipsados de manera prematura. Foucault moriría a los 57 años de edad, pero ese tiempo sería suficiente para heredar a la humanidad en un legado invaluable a través de su pluma; y es justamente en uno de sus textos capitales, *Las palabras y las cosas*; en donde Foucault, hace una brillante crítica de la razón; y que de alguna manera queda esencialmente sintetizada en la esta emblemática frase: el hombre ha muerto. Cuando Foucault dice que el hombre ha muerto, esencialmente, lo que está aconteciendo es la instauración de un nuevo punto de partida epistemológico; donde Foucault (1968) extrae al hombre de la centralidad cognoscitiva.

Como hemos visto anteriormente, fue Descartes (2005) quien habría devuelto al hombre a esta centralidad de la apropiación de la totalidad. Sin embargo, y en esto se concentra en buena medida el pensamiento estructuralista; el sujeto no es en sí mismo constituyente primordial de la realidad; sino por el muy contrario se encuentra inmerso dentro de ella (estructura); al mismo tiempo que forma parte activa de esta realidad percibida. Para Foucault, el hombre no es un ente privilegiado que opera fuera o ajeno a las interrelaciones de la realidad. Foucault retrotrae de nuevo al hombre a un estado más conservador, donde figura únicamente como parte de una realidad mucho más amplia; para efecto del caso, podemos imaginar una escena un tanto teatral donde Foucault funge como un Galileo moderno, y expone la triste y “sacrilega” verdad que contrario a lo que se había dicho en antaño, el hombre no es el centro del universo. Y es justamente llegado a este punto, donde nos encontramos frente a una disyuntiva de la mayor importancia: Donde Nietzsche ha matado a Dios, y Foucault al hombre.

La pregunta fundamental, que debe surgir a continuación en nuestro pensamiento es: si Dios ha muerto, pero también su sustituto, el hombre, ha sido exterminado, ¿Qué ha quedado a la humanidad, como punto de partida epistemológico para aprehender la realidad? Por una parte, hemos arbitrariamente sacado de la ecuación, a los tantos modelos basados en la metafísica; principalmente por estar en abierta contradicción con el materialismo científico imperante en la actualidad. Pero también hemos ex-

pulsado al hombre, entiéndase, a la razón, como premisa universal de aproximación al fenómeno que representa la comprensión de la realidad. Entonces parece ser que nos encontramos frente a un callejón sin salida; y donde a pesar de miles de años de progreso como género humano; el alcance de nuestro pensamiento no ha sido el suficiente para poder dar respuesta a preguntas tan transcendentales. Sin embargo esto no tiene por qué ser del todo verdad. Aún nos queda establecer la síntesis de nuestra triada propuesta con anterioridad. En este sentido, mi propuesta surge, como un intento conciliador entre ambas posturas; retomando esencialmente una premisa universal, expuesta de diversas maneras a lo largo de la historia; y dependiente en buena medida de la concepción con la que ésta se externe. A pesar de ello, si podemos hacer a un lado las diferencias eminentemente semánticas e ideológicas; podemos resumir esta premisa como el denominado principio universal del equilibrio. Ahora bien, en psicoanálisis nos encontramos familiarizados con algunos términos característicos como es el caso de la *escisión*. De forma muy general la escisión del *Ego* se caracteriza por constituir una bifurcación de la libido (energía), o una polarización de la conciencia, donde la persona difícilmente logra ubicarse en puntos medios; es decir la persona esquematiza la realidad a través de una relación dicotómica, donde únicamente concibe dos estados posibles de resolución.

Un individuo con una marcada escisión de la conciencia, tiende a ser una persona sumamente ortodoxa y poco flexible. Su

cosmovisión se limita a identificar si un aspecto de la realidad es bueno o malo, si es izquierda o derecha, arriba o abajo, blanco o negro; y es incapaz de distinguir la gama de grises que hay en medio de ello. A pesar que fue el mismo Freud (1913) quien estableció un su momento una diferenciación funcional entre procesos normales y procesos patológicos; es habitual encontrar definido al proceso de la escisión, exclusivamente en términos de un mecanismo de defensa del *Ego*. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que tanto la escisión de la consciencia, otros procesos inconscientes como la regresión, la negación, y principalmente la proyección; constituyen no solamente un recurso endo-psíquico de defensa; sino también corresponden a procesos psicológicos independientes. Hasta ahora solo unos pocos han logrado visualizar el hecho de que estos procesos (regresiones, proyecciones, o la misma escisión, etc.), desarrollados principalmente por expositores de la corriente psicodinámica; cumplen con una función adaptativa al interior de la psique; tanto como cualquier otro proceso psicológico superior referido dentro la psicología tradicional; como la memoria o el pensamiento. Y desafortunadamente los psicoanalistas de corte freudiano, aunque conscientes de esta doble naturaleza, visualizan estos procedimientos de forma reduccionista; apegándose a constructos teóricos que, si bien pudieran resultar válidos en cierta medida, intentan desarrollar a partir de postulados tradicionales; un concepto que por definición posee una naturaleza mucho más amplia. O por otro lado, se limitan a describir dichos procesamientos

únicamente dentro de marcos de referencia que con frecuencia rayan en lo patológico* (Brusset, 2004); y pierden de este modo, la enorme riqueza y diversidad en la cual se presentan estos procesos “alternos”.

Sin embargo, en contraste con la concepción habitual de los mecanismos de defensa podemos decir que los procesos, efectivamente pueden llegar a manifestarse bajo la modalidad de formaciones defensivas; pero es únicamente cuando el *Ego*, carente de recursos para gestionar adecuadamente un conflicto interno, recurre a ellos; se apropia de ellos para intentar resolverlo y resulta sumamente verosímil, tomando en cuenta que son procesos sumamente arcaicos filogenéticamente hablando; por lo cual han coexistido junto a la conciencia ya de pretérito. Este dualismo presente en la escisión, posee una naturaleza universal, y se manifiesta a manera de ley, en forma de contrarios complementarios; y puede ser encontrado no solamente en el plano psíquico sino que también podemos apreciar claras expresiones de su existencia con particular frecuencia entre los mitologemas y la teología. Inclusive pueden ser hallados en la realidad material (hombre-mujer, día-noche, vida-muerte); de hecho la física tradicional ha tenido su propio encuentro con esta ley. La tercera ley del movimiento, descrita por el célebre Sir Issac Newton, es un ejemplo infalible que demuestra este punto: “*Actioni contrariam semper & aequalem esse reactionem: sive corporum duorum actiones in se mutuo semper esse aequales & in partes contrarias dirigi*”; “Con toda acción ocurre siempre una reacción igual y *contraria*”. Esto quiere

decir que las acciones mutuas de dos cuerpos siempre son iguales y dirigidas en *sentido opuesto*. Otro ejemplo de como la dualidad universal puede ser encontrado en la física moderna, yace en la teoría de la Relatividad general propuesta por Albert Einstein en 1915. Un enunciado popular que resume dicha teoría, afirma, que tanto materia (objeto) como energía (sujeto) constituyen dos caras de una misma moneda (realidad). En este sentido se cumple el axioma hermético de Correspondencia que encontramos en el Kybalión (2005): *así como es arriba es abajo*; que también aplica en su opuesto complementario: *así como es adentro es afuera*. Dicho esto podemos darnos cuenta que la escisión se emplea tanto dentro del macrocosmos del universo (*physis*), como en el microcosmos de la experiencia subjetiva individual (*nous*).

El filósofo alemán Christian Wolff (1734) fue el primero en desarrollar el concepto de dualismo en función de una aplicación metafísica y ontológica para describir las relaciones entre el cuerpo (objeto) y el alma (sujeto). Este fenómeno es conocido como el principio de Polaridad; y de este es importante retomar un aspecto esencial que ayudará a comprender nuestra exposición actual: «La tesis y la antítesis son idénticas en naturaleza, difiriendo sólo en grado». Ahora, teniendo estos elementos en mente, regresemos a nuestro empleo anterior. De todo lo planteado hasta el momento el lector podrá elaborar una diversidad de interpretaciones acerca de cuál es el punto epistemológico fundamental de partida; guiándose principalmente por la escisión

de su propia consciencia. Podemos partir de un punto <x> o de un punto <y>, pero mientras continuemos utilizando un método monista y unilateral para aproximarnos a la descripción de los fenómenos observados en la realidad, difícilmente lograremos llegar a un punto <z> “real”. Como he hecho mención anteriormente, la propuesta que contemplo en estas páginas se desarrolla fundamentalmente en torno al encuentro entre ambas posturas.

La pregunta que seguramente surge en nuestras mentes es ¿cuál es el punto de equilibrio entre el Dios desterrado de Nietzsche; y el hombre menospreciado de Foucault? Y este punto lo encontramos justamente: el Alma. Históricamente el concepto de alma ha sido concebido e interpretado de diversas formas. Sin embargo, es evidente que durante la antigüedad su significado esencial se encontraba íntimamente vinculado a la noción del espíritu vital que reside dentro de cada persona. En una fuente de creatividad ilimitada y desbordante. Múltiples culturas han asociado la idea del alma al acto de la respiración, es decir al hálito de vida que anima la materia. Encontramos un claro ejemplo de ello en la tradición budista del *ātman*, que es una palabra que deriva de la raíz indoeuropea *ēt-men* (aliento), y de la cual se desprende *ahamkara*: el Ego. O también del praná hindú (aire respirado) del cual se desprende *prāna* (lleno, completo), siendo *prā*: ‘cumplimiento’. O el más característico entre la psicología, *ψυχή* *psyché* (soplar), representación del alma humana a través de conocido mito griego donde el alma al morir abandona el cuerpo en

forma de mariposa. Estos son apenas unos escasos ejemplos de la noción histórica a la cual se encuentra vinculada la significancia del alma. Representa el punto de encuentro donde convergen el numen y el logos. Sería un error de interpretación el tratar el alma (anima) como equivalente del numen; el alma posee en definitiva un carácter numinoso, pero no constituye por sí sola el origen de dimensión numinosa. Así, el concepto de alma se encuentra íntimamente ligado a la noción de “ser”, que representa a su vez, la condición suprema y por excelencia de la conciencia; la capacidad del hombre, no solo de aprehender la realidad sino de aprehenderse así mismo dentro de ella, y conferir así el sentido de identidad.

La conciencia es uno de los procesos psicológicos que menor atención ha recibido por parte de los teóricos; más pobre es aun la concepción reduccionista del materialismo científico el cual se limita a denominarla como un “fenómeno de la materia”. Aunque resulte imposible extender en estas breves páginas un detallado estudio acerca de la conciencia, es mi deseo el exponer con claridad la naturaleza funcional de la conciencia como característica inherente del alma, y como proceso matricial fundamental de la psique, en su relación dualista consciente-inconsciente; y el fruto que surge de la integración entre estos polos dinámicos: el desarrollo del alma.

“La ciencia será siempre una búsqueda, jamás un descubrimiento real. Es un viaje, nunca una llegada”. Karl Popper

El alma o psique constituida como verdadera esencia del hombre, y como genuino ente mediador de la experiencia humana tal y como ha sido descrita anteriormente; ha sido históricamente explorada dentro de dos corrientes fundamentales. Y, aunque estas dos iniciativas de interpretación se encuentran en apariencia bastante bien definidas y estructuradas; resultará imposible para el buen observador el no reparar en el hecho de que en los elementos formales que constituyen dichos modelos, suelen con gran frecuencia solaparse o extrapolarse hacia dominios que comúnmente no parecerían estar vinculados entre sí. Estos dos campos científicos ampliamente desarrollados a los cuales hago referencia corresponden a las corrientes nomotética e ideográfica. Ahora bien, cuando hablamos de un enfoque nomotético de investigación, fundamentalmente nos referimos a un sistema de aproximación a los hechos, o fenómenos observados, característica indispensable dicho sea de paso, que se desarrolla estrictamente dentro un marco regido por ciertos principios o leyes propuestos, que son universalmente aplicados, o mejor dicho generalizados, sobre cualquier individuo.

El modelo mnomotético obtiene su nombre a partir del vocablo griego “nomothetikós”, que hace referencia a aquel conocimiento que es propuesto en forma de Ley. El filósofo alemán Wilhelm Windelban, quien retomando algunas ideas de Immanuel Kant; es uno de los primeros en reconocer el uso del modelo nomotético, principalmente dentro de las ciencias naturales; ya que este modelo sostiene que la generalización de resultados

obtenidos a través de leyes es posible dado que los distintos procedimientos y técnicas que emplea para obtener información, permiten la recopilación de datos de naturaleza más consistentes, principalmente desde un punto de vista estadístico. El enfoque mnometético está por consiguiente, vinculado directamente al modelo tradicional de investigación científica; sustentando en la evidencia empírica, y en la capacidad de cuantificación de la información, que rodea al fenómeno que se intenta describir, basándose en un razonamiento hipotético–deductivo. Para sintetizar un poco esta información, diremos que el modelo mnometético, asienta sus bases teóricas, sobre aquella porción de la “realidad”, que puede en alguna manera ser consensuada; esto debido que un fenómeno dado se presenta con suficiente regularidad como para poder enunciar una ley acerca de su naturaleza extensible en cada escenario en el que se presente. Es precisamente debido a ello, que tradicionalmente el modelo mnometético ha estado vinculado por excelencia al dominio de las ciencias naturales; lo cual, no obstante, resulta bastante atinado.

La segunda corriente, que intenta desarrollar el fenómeno de los contenidos y la dinámica del alma, es el denominado enfoque ideográfico. Al contrario del modelo mnometético; el enfoque ideográfico, parte del estudio de la individualidad y particularidad de cada fenómeno descrito. La meta de este tipo de estudio recae principalmente en ser capaz de comprender, antes que en clasificar la información; donde se enfatiza la descripción antes que la generalización. Podría

decirse que para la ciencia ideográfica no existe un punto de comparación universal, ni una ley tan exacta que se cumpla a cabalidad en cada escenario; por lo tanto es innecesario, y a la vez imposible, establecer una descripción fidedigna a partir de uno o más factores comunes que se replican de forma homogénea con suficiente regularidad para lograr explicar las causas de un evento o fenómeno dado. Así el enfoque ideográfico se sustenta sobre la concepción de un ideofenómeno; un acontecimiento único y de carácter individual. Si trasladamos esta idea al campo del estudio del comportamiento humano, diríamos entonces que ningún individuo puede ser comparado con otro; justamente es por ello que se constituye en su carácter de “individuo”. De hecho Gordon Allport (1937), el reconocido psicólogo estadounidense, fue uno de los principales expositores y defensores del enfoque ideográfico dentro de la psicología contemporánea. Esto debido a que un abordaje ideográfico del sujeto en la práctica clínica permite un acercamiento mucho más genuino a su verdadera identidad; a la vez que admite un análisis más extenso entre diversas variables estrictamente individuales como son las experiencias de vida de la persona, o los mecanismos de afrontación que posee.

De lo anterior se comprenderá entonces porque históricamente el enfoque ideográfico se encuentra en enorme afinidad con las ciencias sociales; cuyo objeto de estudio es el ser humano en toda su complejidad. El estudio ideográfico se sustenta sobre un modelo de razonamiento hipotético–inductivo; al mismo tiempo que cumple

a través de diversas formas de investigación la tarea de intentar dar una explicación del sentido que el mundo tiene para las personas, aproximándose así al campo de la fenomenología. Ahora bien, al describir estos dos vertientes de conocimientos hay que tener en mente que nos referimos simultáneamente a diversos campos científicos y filosóficos que convergen o incluso anteceden a estos últimos.

Cuando profundizamos en la corriente nomotética nos damos cuenta que también hacemos referencia a aquella parte que dentro de la metodología clásica de investigación es conocida como investigaciones cuantitativas (estadísticas). Éstas a su vez, se encuadran en una corriente mucho más grande procedente del siglo XIX, conocida como positivismo. El positivismo posee ciertas cualidades metodológicas y epistemológicas características, entre las cuales predomina un marcado monismo metodológico; es decir un único camino admisible para la construcción del conocimiento, que en este caso se sustenta en la observación, la evidencia empírica, la capacidad de cuantificación, de ser capaz de someter a experimentación el fenómeno de estudio y la posibilidad de replicar dichos resultados.

Con el paso del tiempo se conformaría una nueva corriente: el materialismo científico; que actualmente goza de tanta credibilidad y renombre, principalmente entre la sociedad occidental. Estos saberes históricos se encuentran a la base de la cualidad denominada como *objetividad*; es decir la descripción no solamente del objeto, sino también a partir

desde el objeto. Y es la razón el instrumento por excelencia con el cual los hombres de “ciencia” modernos buscan asirse de la verdad; aspecto que resulta sumamente paradójico ya que como veremos más adelante la razón lejos tiene que ver con un consenso objetivo. Es aquella misma razón que como mencionamos anteriormente, Descartes había instaurado en la centralidad del proceso cognoscitivo y que en esta nueva etapa del conocimiento ha retornado, después que siglos atrás había sido condenada al exilio. Por otra parte, la corriente ideográfica pertenece a una estirpe diferente que también presenta su propia “línea genealógica”.

Dentro de las nociones contemporáneas de la metodología de investigación el enfoque ideográfico se ubica dentro de los métodos denominados como cualitativos (cualidades). Muchos estudiosos del tema, concuerdan que el enfoque ideográfico, posee sus raíces en la filosofía. Conclusión que más allá de ser verdadera no es exclusiva del enfoque ideográfico. Como hemos visto el modelo nomotético también posee un fundamento que podríamos denominar como filosófico; pero mientras este último se centra en el objeto, el enfoque ideográfico lo hace a partir del sujeto. Dicho esto, se advertirá que la comprensión de la realidad para el enfoque ideográfico parte esencialmente de la *subjetividad*, presente en buena medida en su concepción fenomenológica de aproximación y descripción de los hechos sometidos a estudio. Sin embargo esto representa un problema capital para la mayoría de mentes “ilustradas” del siglo XXI. Cuando hablamos de la subjetividad es muy frecuente encontrar

este término vinculado a ciertas concepciones erróneas; a tal punto que para muchos profesionales hablar de subjetividad dentro de la investigación científica, es sinónimo de proceder con arbitrariedad, o influyendo total o parcialmente sobre los resultados. Pero retomemos el punto que nos ocupa a esta altura de nuestro encuentro. La razón no ha sido la única condición privilegiada con la cual el hombre ha intentado interpretar el mundo en el que vive, o mejor dicho su mundo interno.

En la antigüedad, los filósofos de la escuela platónica concibieron que existía una herramienta cognitiva más allá de la razón (Logos): la intuición. Un vasto continente casi inexplorado al interior de la psique, que encierra un cúmulo de conocimiento de origen metafísico y que trasciende las barreras de la razón. Ahora, antes de proceder con el siguiente punto quisiera dejar en claro algunas consideraciones sobre este último. La aparente secuencia que he descrito líneas atrás, no pretende en ningún momento representar una secuencia cronológica actual de los eventos que han llevado a la conformación de las corrientes nomotética e ideográfica, sino más bien busco presentar al lector un panorama más amplio que muestre la diversidad de áreas del conocimiento con las cuales se agrupan e interconectan dichos enfoques.

Ahora, confío en que llegado este instante no habrá escapado a la agudeza del lector el darse cuenta que nos encontramos frente a un viejo y desgastado dilema, ampliamente desarrollado y difundido; sometido a los más diversos debates y encuentros académi-

cos. Esta lucha de poderes antitéticos se ha emplazado ya de antiguo en el camino del hombre y paulatinamente ha evolucionado; principalmente en sus dimensiones técnicas, más en esencia permanece fiel a su representación original. Encontramos por ejemplo, a través de personajes de la mitología griega clásica, el contraste entre Apolo y Dionisio, la confrontación producto de una dicotomía filosófica entre la razón y la emoción; el divorcio del mundo sensible, del “kosmos horatós”, y el “kosmos noetós” mundo inteligible de las ideas. La bifurcación de la conciencia consumada en la escisión última que sustrajo lo abstracto de lo concreto, lo objetivo de lo subjetivo, lo “real” de lo “imaginario”, mito versus ciencia, cientifismo occidental contra espiritualidad oriental, razón frente a intuición. Y así, sin ser conscientes de ello, el proceso de escisión ha modelado el mundo en el que vivimos, o mejor dicho, lo ha dividido. La escisión no solamente separó fundamentalmente el mundo en dos corrientes epistemológicas, fraccionó nuestra conciencia, y por ende nuestro pensamiento. Resulta sumamente llamativo el hecho de que esta “ley separadora”, por llamarla de alguna manera, encuentre un correlato inclusive a niveles tan inesperados como el orgánico–fisiológico. Quizás no deba por ello sorprender que uno de los grandes campos habituales de la ciencia materialista–monista de hoy en día que intenta aproximarse al análisis del alma se encuentra justamente en la neurociencia.

La neurociencia puede definirse a grandes rasgos como un conjunto de disciplinas científicas que tiene como objetivo el estudio de

la composición, función, y desarrollo del sistema nervioso, principalmente del cerebro; así como de la diversidad de elementos que actúan sobre él. No obstante, este enfoque fisiológico de los fenómenos del alma no es precisamente tan novedoso como se ha querido hacer ver; ya de antiguo existieron un sin número de teorías propuestas acerca de una diversidad de temas referentes al funcionamiento psíquico del hombre; las hipótesis eran sin duda harto diversas y oscilaban desde las más alocadas hasta las genuinamente creativas. Sin embargo todas ellas convergen en un punto en común, y es que explican a través de la materia, es decir desde el objeto, o propiamente dicho desde el cerebro o de alguna de sus estructuras, y desde las variaciones estructurales o bioquímicas por las que este atraviesa, la diversidad de fenómenos comportamentales del ser humano. De hecho, a tal punto ha llegado esta “revolución neurocientífica” en la actualidad, que para sus expositores más ortodoxos ha contribuido a reforzar la tesis biomédica o psiquiátrica tradicional que afirma que todo proceso cognitivo, afectivo y comportamental, puede ser referido y explicado exclusivamente a través de la estructura del cerebro; exponiendo así un modelo reduccionista donde se interpreta que la vida anímica del ser humano no es más que un saco de células altamente diferenciadas entre sí, que depende de la providencia de la suerte para obrar de forma adecuada y que reaccionan fundamentalmente a las condiciones del ambiente. Por lo tanto controlando los factores que intervienen en esa respuesta, y en todas sus combinaciones algorítmicas posibles, producen en fenómeno conocido como comportamiento.

Ahora, de lo dicho anteriormente corresponde aclarar que este planteamiento obedece a una postura radical, fruto de una metodología monista en toda su expresión y que sin embargo para un gran sector de profesionales constituye el terreno más sólido y confiable con el que cuentan; gracias a la ilusión de seguridad absolutista que otorga la investigación centrada en el objeto a una mente escindida. Hasta ahora no pretendo con ello afirmar que no exista ninguna enseñanza profunda proveniente de nuestro organismo que nos ayude a comprender la “fenomenología del alma”; Por el contrario, en el mejor espíritu que nos inculcara el Dr. Alexander Lowen (2012), identifiquemos qué podemos aprender de la sabiduría de nuestro cuerpo. Cuando hablamos del potencial de acción o impulso eléctrico nervioso, fundamentalmente hacemos referencia a un proceso electroquímico, producto de la célula nerviosa denominada neurona, que posee la particularidad de ser capaz de transmitir información a otras células nerviosas u órganos efectores a través del proceso de sinapsis. Estas señales transferidas a través de la sinapsis se dividen en dos categorías puntuales: *aferencias*, para identificar aquellas señales provenientes de la periferia, tanto desde el mundo exterior de los sentidos como del medio somático interno hacia el sistema nervioso central; o *eferencias*, que identifican las señales que son enviadas desde el sistema nervioso central (cerebro y médula espinal) hacia el sistema nervioso periférico. Ahora, estos dos tipos de señales nerviosas clasificadas poseen a la vez una naturaleza y una codificación subyacente.

El estudio del sistema nervioso ha demostrado que el funcionamiento neurológico del hombre se encuentra expresado a través de dos grandes funciones, cuyo origen y finalidad se presentan en polos opuestos, pero que a la vez cumplen una función complementaria. Nos referimos a la información de tipo sensorial y de naturaleza motora o efectora. Puede decirse que sobre estos dos grandes pilares se erige el sistema nervioso humano; donde las aferencias demuestran ser siempre de naturaleza sensorial, mientras que en el otro extremo las eferencias corresponden a señales de tipo motor o ejecutivas. De hecho, hasta el propio Sigmund Freud (2013) retomaría estas consideraciones acerca de la dualidad existente en el aparato nervioso para construir las bases del funcionamiento anímico, y especialmente la topografía del aparato intrapsíquico descrito dentro de la teoría psicoanalítica. Y es que como podemos observar claramente, el principio de polaridad se encuentra presente aún en la materia; y es por excelencia el magno ejemplo de ello el que encontramos en el claustro de nuestra conciencia, el locus de nuestra vida psíquica: el cerebro.

El cerebro humano se encuentra compuesto de aproximadamente unas cien millones de células nerviosas, cuatro lóbulos modalmente diferenciados y especializados y tres niveles básicos de corteza cerebral. Pero más importante aún, se divide en dos hemisferios cerebrales, morfológica y funcionalmente diferentes. Ruego se me permita la indulgencia de avanzar por este punto de manera muy general, ya que un análisis completo de la asimetría cerebral tomaría

capítulos completos para poder ahondar en su total riqueza; pero haré mención de aquellos elementos importantes para mi planteamiento. Hoy en día sabemos que nuestros hemisferios cerebrales se encuentran modalmente diferenciados y especializados en diversas funciones; es precisamente esta noción uno de los pilares de las ciencias del cerebro. Estoy seguro que existe en la actualidad una enorme cantidad de literatura que expone el fenómeno de la asimetría cerebral; no solamente desde un punto de vista anatómico sino más importante aún psicológico. Toda esta amalgama de disertaciones tiene como punto en común que nuestro hemisferio izquierdo difiere funcionalmente del derecho; siendo el hemisferio izquierdo el popularmente llamado hemisferio racional. Por ende, conocemos un listado de toda una serie de funciones y procesos atribuidos al hemisferio izquierdo, casi como si de conferirle una personalidad propia se tratase; dentro de las cuales se ubica primordialmente la estructura del lenguaje, la habilidad lógico-matemática, el razonamiento, la habilidad numérica, entre otras. Mientras que por el otro lado, el hemisferio derecho ha sido catalogado como el cerebro emocional (no debe confundirse con el sistema límbico); sobre el cual recaen la inteligencia musical y artística, la imaginación y creatividad del individuo, la intuición y la perspicacia.

Nuestro cerebro es uno de los ejemplos más concretos que existe de esta ley sobre el cual se encuentra construido el universo, tanto el macrocosmos (*physis*), como el microcosmos (*psyché*); y que como hemos men-

cionado anteriormente se conoce como el principio de polaridad. Ahora, de nuestro cuerpo hay una enseñanza más y de la mayor importancia que debemos retomar aún. Nuestro cuerpo no se reduce a la simple convergencia de una multitud de células, tejidos y órganos; es mucho más que solo neuronas, sarcómeros u osteocitos. Es un mapa de genuina sabiduría, para aquel que sabe dónde leer. Al interior de nuestro cuerpo, específicamente a nivel del sistema nervioso central, existe un tercer tipo de neurona modalmente específica, cuya función radica en servir como un puente comunicacional entre las neuronas sensitivas y las neuronas motoras, llamadas neuronas de asociación o interneuronas.

Podría decirse entonces que las interneuronas cumplen con una función mixta; al procesar una parte de la información sensorial, pero también intervenir a su vez en actos motores reflejos. Luego, ascendiendo en sentido espinal inverso, adentrándonos en lo profundo del encéfalo, llegaremos a la comisura central. El haz de fibras nerviosas comisurales más grande del cerebro denominado como cuerpo calloso. Éste último cumple la función de interconectar ambos hemisferios cerebrales, coordinando sus funciones de forma integrada. En retrospectiva, nuestro cuerpo, en su privilegiada sabiduría, cuenta con los recursos necesarios para saber integrar esta dualidad inherente dentro de sí mismo; sabiendo integrar la importancia de ambas funciones en un mismo camino: la vida.

Nadie en su sano juicio, y muy a pesar aun de cualquier posible carencia de competencias profesionales o educativas, se atrevería a argumentar que uno de los hemisferios cerebrales es un “pseudo-hemisferio”, debido a la subjetividad de la producción de su actividad. Por el contrario, nuestro organismo nos ha enseñado el camino de la integración, la vía regia por la cual transita la naturaleza del alma. El meta-análisis que se fabrica de estos aportes de la ciencia moderna, si bien son loables, es que no ha descubierto nada que no se haya dicho ya en antaño. El universo está regido por el principio de polaridad como hemos visto, y es por ello la necesidad apremiante de balance, de un punto de encuentro en nuestras vidas, en nuestro cuerpo y fundamentalmente en nuestra alma, que contrarreste el proceso de escisión al interior de cada uno de nosotros y nos eleve a un estado superior de conciencia, de encuentro con nosotros mismos y con la totalidad. Ciertamente parecer ser que energía y materia son caras opuestas de una misma moneda: el hombre.

“No puedes descubrir los límites del alma, incluso si viajaras por todos los caminos para hacerlo; tan profundo es su significado”. Sigmund Freud

Hemos llegado así a la tercera y última parte de nuestro análisis propuesto y, que a pesar de su brevedad espera poder encontrar ser lo suficientemente sucinto en el propósito que este persigue. Si bien soy consciente del hecho, que me ha sido imposible el poder extenderme tanto como hubiese sido menester de tan importante empresa, en numerosas ideas y temáticas contenidas a lo largo

de su desarrollo, y por lo cual me disculpo con mis lectores; he intentado exponer con la mayor claridad posible algunos de los sustentáculos y principios básicos, pero fundamentales, que todo aquel que desea emprender la privilegiada tarea de someter a análisis el alma debe de considerar concienzudamente si desea tener éxito en tal labor. La serie de principios y consideraciones, que hasta el momento he expuesto, se encuentran fundamentalmente orientadas a la elaboración de una concepción metodológica que permita la restitución del balance interno de la psique humana. Ahora, sabemos que una metodología de tales características (y más de una dicho sea de paso) ya ha sido concebida de pretérito; de hecho desde finales del siglo XIX y hasta la época contemporánea ha existido un incremento sustancial en los enfoques psicoterapéuticos basados, esencialmente, en esta finalidad. Pero que la corriente materialista–monista de la sociedad capitalista moderna se ha encargado de relegar a dichas propuestas al campo de la superstición, bajo las etiquetas de “esoterismo”, “misticismo” o “pseudociencia”.

Tal acción no puede ser interpretada de manera más objetiva, que como un auténtico producto de la mente escindida del hombre moderno. Como ya se ha mencionado con anterioridad, la cultura occidental ha logrado emplazarse a sazón de la experimentación científica, y sustentada primordialmente en la figura de la razón, como portadora universal del conocimiento a través de la corriente científicista–materialista. Esta concepción unilateral y racionalista no tardó demasiado en irradiarse

con galopante rapidez a casi todas las áreas del conocimiento humano, especialmente en aquellas referidas a la investigación; incluyendo por supuesto a la psicología.

A decir verdad la razón tomo tal protagonismo y significancia al interior de la ciencia del comportamiento humano, que algunos autores han llegado a contemplarla dentro de sus esquemas dimensionales de la conducta “anormal”, como un indicador de estado patológico; a aquel funcionamiento psíquico que sea distinguido como “irracional”. Lo cual representa un problema de particular complejidad, dada la naturaleza abstracta y poco delimitada que conocemos de la razón. De hecho, ante tal postura se vuelve inminente la necesidad de emprender una revalorización de la noción de la razón; un replanteamiento de ideas, que nos indicase que es aquello que entendemos por un acto racional, o un proceso funcional sustentado en el razonamiento. Debo aquí, lamentablemente excusarme una vez más ante mis lectores por no incurrir en un análisis detallado acerca de este último punto, ya que dada su complejidad y amplitud demandaría de un ensayo independiente para poder desarrollar con toda riqueza y profundidad su importante significado. Sin embargo, encuentro de capital importancia para el desarrollo de este análisis, el plantear al menos de forma sucinta las principales ideas que deben ser consideradas alrededor del tema de la razón.

En primer lugar invitaría al lector a formularse las siguientes interrogantes para posteriormente someter a un análisis crítico cada una de ellas: en un inicio debemos pregun-

tarnos ¿Qué es la razón?, ¿Cuál es su naturaleza?, ¿Cuál es su finalidad o propósito?, ¿Es esta una condición inherente al hombre en tanto especie?, ¿Existe acaso una razón universal? ¿Es la razón un estado infinitamente bueno para todos los hombres? La esencia de estos cuestionamientos debe de representar la base de cualquier tentativa de colocar la razón como eje privilegiado de exploración.

Estoy seguro de que en el intento de dar respuesta a estas preguntas nos veríamos envueltos al interior de un interesantísimo debate, del cual podrían surgir las más diversas posturas; sin embargo existen una serie de elementos muy concretos que no podemos simplemente abandonar a la subjetividad de opinión, debido a que en suma, se presentan de forma bastante evidente; y por lo cual su afirmación no amerita especial discusión. Tal es el caso que se presenta ante la posibilidad de llegar a considerar a la razón como un fenómeno universal de idénticas características y proporciones, con manifestaciones intelectuales homogéneas para cada individuo y por encima de su heterogeneidad. Dicho esto de otra forma, no existe una razón universal común a todos los hombres. La razón no constituye un plano o una dimensión ajena a la subjetividad del individuo; en el ejercicio de la razón, no se escapa de la imperfección de la naturaleza humana para acceder a un mundo perfectamente lógico, congruente y libre del demonio de la irracionalidad. Y es que ¿dónde existe en la naturaleza un modelo arquetípico (ideal) de la razón?, ¿dónde encontramos una pauta o prototipo primigenio de la razón; sobre

la cual se pueda comparar, y construir una categoría cognitiva que demarque los límites precisos del funcionamiento concebido como racional?

Frente a una concepción tal que considere enfermiza la irracionalidad, temo decir que debemos entonces cerrar nuestros libros, cesar los debates, y sucumbir ante una realidad en donde la vida se presenta constantemente patológica. Y más aún que cada uno de nosotros nace potencialmente enfermo. Un hombre que afirme no poseer dentro de sí, una parte inherente a su naturaleza carente del espectro de la razón, sea esta descrita en forma de pensamientos, sentimientos, actos, sensaciones, deseos, etc.; tal hombre se engaña a sí mismo.

Nuestra experiencia histórica nos ha enseñado a cada uno de nosotros, que lo cierto es que la vida no siempre se presenta de forma racional. Existe un componente irracional en el universo del cual no podemos escapar. No podemos, por ejemplo, saber a ciencia cierta qué motivó al empresario hindú Bhanwarlal Doshi, a renunciar a una fortuna de 600 millones de dólares para optar por el ascetismo de la vida monástica. Como tampoco sabemos explicar el porqué del fenómeno algunas veces llamado Síndrome Primermundista, en el cual naciones como Japón o Rusia a pesar de los altos estándares de vida, poseen índices considerablemente altos de suicidios. No sabemos por qué cosas malas suceden a las personas buenas; tampoco sabemos porque el destino pareciera haber sido tan despiadado con la existencia de algunos, mientras que

otros gozaron de toda su bondad. Ni siquiera sabemos, después de siglos de esfuerzos e innumerables intentos de explicación, de donde proviene el hombre; hacia dónde va y más importante aún ¿para qué? La existencia del hombre se presenta bajo cualquier modalidad como fundamentalmente irracional. Máxime cuando considerando todo aquello que hasta hoy sabemos del hombre nos lleva a plantearnos la conclusión que en apariencia la existencia del hombre no posee ninguna explicación racional de ser.

El hombre mismo es producto de la irracionalidad. Los increíbles y loables descubrimientos de la bioquímica moderna nos han demostrado cuan compleja es en verdad la composición del ser humano. Para lograr entender la magnitud de la complejidad de nuestra naturaleza me permitiré hacer uso del bloque básico y funcional de construcción del organismo: la célula. Una célula simple se encuentra conformada de aproximadamente 239 proteínas diferentes. Una sola proteína contendría un promedio de 445 aminoácidos. Una sola célula contiene alrededor de 1000, 000,000 de partes funcionales operantes. Como si esto no representase ya suficiente complejidad, analicemos más detenidamente la composición química de las proteínas.

Una molécula de proteína promedia una cadena de aproximadamente 400 aminoácidos; altamente organizados en secuencias exactas y determinadas para lograr formar una proteína específica y que, de acuerdo a la ley de las probabilidades, es prácticamente imposible que pueda presentarse por casualidad.

Las proteínas por sí solas son incapaces de organizarse en una secuencia correcta; es aquí donde entra en escena el ADN, el cual contiene unos 4000, 000,000 de bits de información; que se comportan como mensajes cifrados para organizar estos aminoácidos y donde el ARN copia la información localizada en el ADN para trasmitirla a los aminoácidos y que estos logren organizarse en perfecta secuencia. Así la probabilidad estadística, que una célula simple completa se forme de manera espontánea, producto de una fortuita combinación de elementos es de aproximadamente 1 en 10 elevada a la potencia 137 mil. Estos datos desbaratan sensatamente, o ponen al menos en serias dificultades, a la idea que sostiene que la existencia del hombre es fruto de un accidente fortuito. La intención de compartir estos interesantes y desconcertantes datos a la vez, radica justamente en lograr discernir con la mayor claridad posible el hecho sumamente irracional e incomprensible que significa nuestra sola existencia en este mundo. La irracionalidad acompaña como una sombra a la razón de la cual no puede liberarse jamás.

Ya hemos descrito anteriormente con el principio de polaridad la naturaleza dual que todo elemento posee; (la irracionalidad se presenta como polo opuesto y complementario, necesario e inseparable de la razón). Sin embargo, en la época moderna, la figura de la irracionalidad carga a costas con una imagen bastante tergiversada de sí; producto de la desvalorización generalizada que la corriente cientificista—materialista hace de todo escenario que se juzgue como contrario a la

razón. Es por ello que actualmente cuando hablamos en términos de irracionalidad ha llegado este a ser interpretado como un estado de contenido irrelevante, o inclusive pernicioso. De hecho hoy en día es frecuente observar como el término de irracionalidad es utilizado de forma unilateral para denotar arbitrariamente características o aspectos negativos de la realidad. Se asume de este modo, que un comportamiento, una idea, o un hecho, etc.; que cae en los dominios de la irracionalidad, es por consiguiente una producción absurda, trivial, nociva, carente de sentido o dirección, fruto de un intelecto pobre, o de la mente que ha enfermado. Tal idea demuestra ser una vez más, producto directo de la escisión que actualmente prevalece en el pensamiento humano. Tanto la racionalidad como la irracionalidad no pueden ser descritas de forma arbitraria desde una escala atributiva de valores; donde la racionalidad obedece a lo bueno, lo productivo, y lo pragmático; y la irracionalidad a lo malo, enfermizo e intrascendente.

Ambas dimensiones polares, tanto racionalidad e irracionalidad, se presentan fundamentalmente como capacidades representativas ilimitadas, de naturaleza indiferenciada y por definición neutras; donde es en la figura del sujeto sobre la cual recae el verdadero papel directivo. Así como es un hecho bien conocido que el razonamiento puede ser utilizado para fines nobles y humanitarios, orientados al progreso y el bienestar común; también puede ser empleado para los propósitos más destructivos y siniestros, hecho que tristemente también conocemos por experiencia. Similar situación es la que

caracteriza a la irracionalidad. Cuántas ideas, propuestas o sueños a lo largo de la historia habrán sido concebidos como descabelladas o excéntricas en su momento; pero que terminarían por transformarse en invaluable obras de arte, o icónicas piezas musicales, en revolucionarias teorías científicas, en inventos que cambiarían la manera en que conocemos el mundo para siempre, o en momentos que marcaron la historia de la humanidad. La irracionalidad puede ser fuente de un tipo particular de sabiduría. Es por ello, que cuando nos embarcamos en la tarea del análisis del alma, debemos eliminar de nuestro intelecto este sesgo, que se caracteriza por la supervaloración de la razón, ya que en este único polo no se hallará ningún terreno sólido para tal propósito. Inclusive una de las tesis del antes citado Michael Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, gira entorno de un profundo cuestionamiento que Foucault hace de la razón, justamente a través de su antítesis natural: la locura. La locura, para Foucault, es la peor pesadilla de una sociedad ultraracionalista como lo es la cultura occidental moderna. Es un fantasma que aparece de tanto en tanto para recordarle al hombre en sociedad que no es en manera alguna invulnerable a la irracionalidad. De ahí que parte la necesidad de esta masa racional que constituyen nuestras sociedades hoy en día, de mantener alejada de su conciencia lo más posible a la locura. Permanecer apartada en la figura del “manicomio”. Un lugar destinado para mantener encerrada, no a la locura, sino más bien al inmenso terror que infunde en el hombre racional la amenaza de la irracionalidad.

Ahora bien, hace algunas líneas atrás hice mención del hecho que la corriente materialista–cientificista habría logrado encontrar un lugar inclusive en un terreno tan poco apropiado para sí, como lo es la psicología. Esto principalmente, y como era de esperarse, entre las escuelas o corrientes occidentales. Dentro de la aún floreciente y joven historia de la psicología moderna, el modelo conductista, entre cuyos precursores más importantes se encuentran John B. Watson y Burrhus F. Skinner; debe ser seguramente uno de los enfoques de mayor cuestionamiento que han existido. La experimentación con animales cuyos resultados eran extrapolados al campo humano, los procesos de investigación circunscritos exclusivamente a un ambiente de laboratorio, la posición reacia que sostenía frente a la existencia de una mente subjetiva, pero sobre todo el positivismo a ultranza que predicaba, son quizás los elementos que mejor definen a esta corriente.

En el conductismo se refleja el mejor ejemplo de cuáles son las consecuencias naturales de aplicar a la investigación psicológica, la metodología ortodoxa del enfoque positivista. De ahí el hecho que haya fracasado como modelo psicológico; y hoy en día se retomen únicamente algunos principios básicos para palear ciertas conductas tóxicas, principalmente en niños cuyo funcionamiento arcaico y muy elemental permite en ocasiones oportunidad para tal adiestramiento. Por otra parte este modelo posee algunos legítimos herederos que continúan de buena disposición con este legado poco efectivo para comprender el fenómeno del

alma en toda su dimensión. La falta de aplicabilidad del enfoque conductista, así como la dificultad de adaptación con la esfera cognitiva; obligó a la comunidad científica a buscar un enfoque sucedáneo que pudiera abarcar las carencias y limitantes del método original. La respuesta a estas demandas se encuentra en la corriente cognitivo–conductual. El modelo cognitivo–conductual tan aclamado en la actualidad, es un derivado directo de esta concepción positivista y particularmente racionalista del funcionamiento anímico del hombre. Ahora para comprender este punto es primero necesario reparar en un hecho que tiende a ser pasado por alto con frecuencia. Cada una de las escuelas o modelos psicológicos poseen un elemento que he denominado como *proceso matricial*.

El proceso matricial constituye el punto de partida epistemológico desde el cual cada enfoque o modelo dentro de la psicología intenta desarrollar y explicar el funcionamiento psíquico del hombre. Este se encuentra reflejado, no solamente en la construcción teórica del modelo, sino que interviene directamente en la esfera metodológica de diagnóstico y tratamiento. Así, por ejemplo, el proceso matricial de la terapia Gestalt se encuentra en la percepción y las emociones (afectividad); mientras que para la corriente psicodinámica reside en la consciencia. Para el caso del modelo cognitivo–conductual, el proceso matricial recae en el pensamiento, lo cual no debe sorprendernos sobremedida, ya que como hemos visto, el pensamiento pertenece a una de aquellas tantas categorías que con gran frecuencia suelen

ser esquematizadas como racionales o irracionales. Propiamente hablando desde una aproximación psicoterapéutica, el enfoque cognitivo–conductual se centra en las ideas y pensamientos del paciente; y afirma que es precisamente desde la intervención del pensamiento que tiene lugar una modificación simultánea de otros procesos.

Lo que caracteriza la idiosincrasia de este enfoque (cognitivo–conductual), es que se sustenta en la aplicación de técnicas y procedimientos que gozan de “respaldo científico”, o de “evidencia empírica” que demuestran su efectividad para tratar *x* o *y* condición. Así como del uso frecuente de instrumentos psicométricos debido al énfasis que éstos hacen en la cuantificación de datos; mismos, que dicho sea de paso, pertenecen a la tradición mnomotética de evaluación psicológica. Este proceder basado en la necesidad imperiosa de aprobación o respaldo científico, y apoyado en las características metodológicas del modelo mnomotético, posee ciertos peligros tal y como ya hemos visto.

La psicología nace por definición como un estudio de la individualidad del ser, por lo tanto cuando sometemos a este ser a un estudio comparativo, cuya máxima referencia se encuentra en una media estadística, corremos el riesgo casi inminente de tropezar en nuestro camino. La principal limitante que este modelo ha de encontrar es que no existe manera lo suficientemente científica, o empíricamente válida para probar una realidad interna. El modelo cognitivo–conductual es la ejemplificación perfecta del

resultado de la crisis de aprobación y reconocimiento que sobrecogió a la psicología durante la segunda mitad del siglo pasado. En cierta ocasión, durante una breve visita que el Dr. Ignacio Martín–Baró hiciese a la universidad de Puerto Rico en el año de 1986, hizo ver la penosa condición por la cual atravesaba en aquel entonces la psicología. El Dr. Martín–Baró habló acerca de la desmesurada necesidad que existía entre la comunidad psicológica de ser reconocidos bajo el título de “ciencia”. No resultaría inverosímil el sustentar que dicha necesidad surgiera en buena medida, debido a los enormes avances que las ciencias naturales lograsen a lo largo de todo el siglo XX. Así como del paso a escena de la filosofía materialista–monista de la sociedad occidental; lo cual crease una falsa impresión en donde una psicología basada en el acercamiento mitopoético, a través de la fantasía, y la intuición, y de profundas raíces artísticas, comenzara a verse como anticuada y fuese cuestión de tiempo antes de ser relegada al campo de lo “místico” o “pseudocientífico”.

En este mismo sentido, el Dr. Martín–Baró hizo ver, en la misma oportunidad, una reflexión crítica acerca de las nuevas corrientes psicológicas que por aquel entonces emergieron, incluido el enfoque cognitivo–conductual; en donde la popularidad que éstas encontraron entre los profesionales en psicología, no se debía a que alguno hubiese precisamente sometido a un análisis crítico las corrientes psicoanalíticas o conductistas para desestimar su aplicabilidad; sino que obedecía simplemente a una moda proveniente de la sociedad norteamericana. De

hecho, a partir del discurso que algunos de los defensores del modelo cognitivo-conductual pareciera dejar entrever el hecho que este enfoque goza de especial aceptación entre aquellas mentes demasiado temerosas de adentrarse en las profundidades de la mente, que como sabemos no siempre es racional. De allí la necesidad constante de contar un respaldo seguro, un proceso, o una serie de pasos que evite la ansiedad de tener que enfrentarse a la posibilidad de fallar en la tarea que se emprende, o de tener que enfrenar la irracionalidad con la cual nos sorprende la mente. En síntesis, el hecho que deseo exponer con suma claridad, es que los modelos psicológicos, sustentados en la experimentación controlada, la cuantificación de datos, la elaboración de leyes generalizables a cualquier individuo, y sobre todo apoyadas en una visión racionalista del funcionamiento psíquico, no pueden ser aplicados al análisis funcional de la vida anímica del hombre. Y esta inhabilitación tiene una razón lógica de ser.

Cuando hablamos de someter a estudio crítico y análisis a la psique, hablamos de explorar realidades o hechos internos que, por definición se nos remiten a la naturaleza subjetiva. Hablamos de hechos pertenecientes al mundo abstracto de las ideas, lo intangible e inmaterial; contenidos cuya dimensión radica en lo etéreo y numinoso. Así, durante el encuentro psicológico, tiene lugar un fenómeno de apertura y autorrevelación del mundo interno del individuo; donde se entra en contacto con la experiencia subjetiva que cada persona ha construido de sí mismo y de la realidad. No es factible, bajo

ninguna circunstancia, el aplicar una metodología científicista-materialista al campo del análisis psíquico; ya que tal intención tendría como resultado, falsas conclusiones acerca de la naturaleza espiritual del ser humano. Ya desde siglos atrás, el pensamiento occidental se ha encargado de comercializar con la falacia que únicamente aquello que logra atravesar el canon del modelo científico, puede ser considerado como una verdad absoluta, o gozar de suficiente credibilidad científica. Esta postura tan ortodoxa e incomprensible, no puede ser entendida de mejor manera, que desde un verdadero temor que sobrecoge al hombre moderno. Ya he mencionado en la primera parte de este análisis la lectura que Erich Fromm (1941) hace del hombre, como un ser profundamente asustado. Asustado de su naturaleza, asustado del mundo en el que se encuentra, asustado de encontrarse solo ante esta realidad tan basta que se le presenta. Es por ello que el hombre, a lo largo de su devenir, ha encontrado la manera de huir de la constante ansiedad, y crea una ilusión que le embriaga y le ayude a disolver sus temores: la ilusión de control.

El hombre moderno ha caído víctima de su propio engaño; en el cual cree que a través de la ciencia, será capaz de controlar la realidad que le rodea. Es por ello que, cada vez que este hombre moderno, racional y escindido, se reencuentra frente a frente con la irracionalidad que tanto teme, y ésta le recuerda la banalidad de su existencia, que no es capaz de controlar a voluntad este mundo y mucho menos de dar respuesta a todas las experiencias que lo atemorizan; recurre entonces de

nuevo a la vieja estrategia de la escisión. La polarización de la conciencia, o una inflación de la psique, como Jung (2015) le hubiese denominado, es una estrategia primitiva, de la cual se vale la psique para contrarrestar la ansiedad que produce en su interior el miedo a lo indeterminado. De esta forma la concepción ortodoxa materialista–monista que actualmente se erige como estandarte distintivo del hombre occidental, en el fondo, no esconde más que un auténtico misonerismo.

Ahora bien, he mencionado anteriormente que una investigación de carácter positivista no encuentra lugar en el terreno de la mente humana; y digo esto debido a que la postura unilateral de la ciencia ha creado una suerte de extrapolación metodológica; en donde a través de instrumentos o procedimientos utilizados para explorar el mundo material (objetivo), propios de las ciencias naturales dado sus objetos de estudio, se intenta alcanzar una aproximación al mundo de los fenómenos anímicos internos (subjetivos); y teniendo como resultando de ello una franca antinomia.

Quisiera ejemplificar este punto de la siguiente forma: Quién de nosotros se atrevería a comprar una casa, cuyos planos no fueron elaborados a partir de cálculos exactos, tomando en cuenta la resistencia de los materiales, el peso que la estructura deberá soportar, o la cantidad de gente que estaría supuesta a albergar dentro de ella; sino que el arquitecto recurrió principalmente a su intuición para calcular cada una de estas variantes. O quien estaría dispuesto a someterse a un tratamiento farmacológico cuya fórmula química y ventana terapéutica han

sido elaboradas a partir de las especificaciones metabólicas de un único paciente. Es por ello que justamente no pueden traspasarse los límites metodológicos que presentan tanto la corriente monomotética, como ideográfica; que corresponde a su vez a las ciencias naturales y las ciencias sociales.

Quisiera ceder brevemente la palabra al Dr. Carl Jung, acerca de algunas consideraciones que elabora sobre el examen de la psique a través de los métodos científicos tradicionales, principalmente en lo referente al dogmatismo que gira alrededor de estas tradiciones:

*“La crítica (materialista) que desde la época de la ilustración se ensaña constantemente en la improbabilidad física de los dogmas, yerra por completo sus tiros. El dogma tiene que ser forzosamente una imposibilidad física, puesto que nada predica sobre la physis, sino que es un símbolo de procesos trascendentes o sea inconscientes, que hasta donde pueda determinarlos la psicología tiene que ver con el inevitable desarrollo de la conciencia” **

Y nuevamente:

*“Para cierta mediocridad intelectual caracterizada por un racionalismo ilustrado una teoría científica que simplifique las cosas constituyen un excelente recurso de defensa, debido a la inquebrantable fe del hombre moderno en todo cuanto lleve la etiqueta de “científico” **

Ahora para dejar perfectamente esclarecida cual es la postura que proponemos para el eficaz trabajo con el alma, me permitiré sintetizarlo de la manera siguiente: La psiché, es decir, el alma humana, como producto

de la interacción entre el sujeto y el objeto, pero de exclusiva pertenencia del primero*; representa un fenómeno *sui generis*, que corresponde a una dimensión abstracta y suprasensible, la cual funge como ente mediador entre la realidad objetiva del medio, y la experiencia subjetiva interna del individuo. Constituye el producto de una vinculación inmaterial, en donde convergen dos realidades opuestas.

El alma representa un cúmulo de conocimientos y experiencias condensadas que permiten al hombre vincularse con la totalidad. Y es justamente a partir del estudio fenomenológico de la psique, tal y como la concebimos hoy en día, que puede decirse que ésta se construye, fundamentalmente, sobre la base del fenómeno de la conciencia que representa el proceso matricial por excelencia, es el punto de partida y de llegada para el análisis del alma. Ésta representa una capacidad inherente con la cual se encuentra dotado el hombre para conferirle un estado superior dentro de la naturaleza. Además le permite al individuo distinguirse del objeto y, sobre todo, conferirle la noción de “ser”. Ser y existir no son categorías equivalentes. Los objetos inanimados existen dentro del universo tanto como el hombre; ocupan un lugar en el espacio en tanto constituyen materia. Pero solo el hombre posee la capacidad de diferenciarse así mismo. De ser consciente de sí, en tanto es ser. Tal y como lo expresa el teólogo italiano Vito Mancuso (2013): “*No somos solo sapiens, somos sapiens-sapiens; no somos solo conscientes, como también autoconscientes, conscientes de nuestra consciencia, y gracias a ello tenemos la capacidad de cambiar de*

ideas y de comportamiento”*. Distintos tipos de procesos psicológicos superiores, pueden ser encontrados en otras especies, principalmente entre los mamíferos; tales como la memoria, los procesos sensitivos, inclusive algunas formas elementales de inteligencia. Pero solo el hombre posee conciencia de sí mismo. Solo el ser humano posee la noción de identidad; y esta condición de autoconciencia ha sido habitualmente personificada en la idea conocida como “*Ego*”. Ahora, como corresponde de acuerdo al principio de polaridad, la conciencia encuentra su antagonista natural en los dominios de una dimensión aún más profunda y compleja que recibe el nombre de *Inconsciente*. La existencia de este dominio ha sido ya ampliamente reconocida como un hecho; inclusive por parte de algunos campos pertenecientes a las ciencias naturales como es el caso de la investigación neurocientífica. Consciente e inconsciente representan las dos dimensiones constitutivas de la psique humana, que tienen como síntesis el alma. Así al hablar propiamente del alma, nos referimos a la totalidad de la experiencia y potencialidad del individuo, a la esencia integradora que alberga la naturaleza del hombre, el *nous* que confiere forma y orden. Es probable que durante esta última porción de mi análisis, se pudiese haber generado cierta confusión en el lector, principalmente en aquello relacionado a uno de los objetivos que anteriormente me propuse. Es posible que mi lector se encuentre reflexionando de la siguiente manera: ¿no habló acaso en un principio que es de capital importancia el buscar el equilibrio, ya que es justamente en el balance donde se encuentra el camino correcto;

pero ahora deliberadamente se ha decantado por una postura polarizada, la cual expone como única metodología posible para explorar la naturaleza anímica? A lo cual debo de responder de forma negativa.

Cuando he hablado acerca de los recursos metodológicos correctos para el estudio de la vida anímica del hombre, es decir aquellos centrados en la evaluación diferenciada producto de la individualidad, la naturaleza subjetiva e inmaterial de los fenómenos, y las estrategias de exploración y diagnóstico sustentadas en la exploración del medio interno a través de la fantasía y las manifestaciones de experiencia interna, así como de la tradición ideográfica; simplemente he devuelto al terreno correcto, del cual se hubiese desviado el estudio del alma. La postura que he tomado frente a las corrientes desarrolla a lo largo de este trabajo, no son en manera alguna antojadiza o arbitraria. La psicología nace dentro del campo de las llamadas ciencias “blandas”, aquellas cuyo objeto de estudio se presenta demasiado variable o indeterminado como para establecer sobre él cualquier tipo de ley absoluta; por lo cual, representa una distorsión metodológica el tratar de ubicar los hechos inmateriales en el campo de las

ciencias duras, como es la pésima costumbre en la actualidad. Las ciencias naturales que, hemos interpretado como aquellas que tienen un sustento metodológico basado en la experimentación, la cuantificación, la descripción exacta de fenómenos observados, poseen un campo específico de aplicación, y son dignas de todo el reconocimiento del cual gozan en la actualidad. Sin ellas, campos como la medicina, la bioquímica, la física, etc., no habrían sido capaces de brindar todo el conocimiento en salud, tecnología y farmacéutica entre otras, que hoy en día tanto bien ha traído al hombre.

De lo anterior se comprende que tanto la corriente científica, como la corriente espiritual o del alma, corresponden a dos tipos de saberes opuestos, sí, pero también complementarios. Y es aquí donde surge el equilibrio tan necesitado; entre las ciencias del mundo sensible, concreto y material; y aquellas que tratan con el mundo de las ideas, lo abstracto y subjetivo. Ambas tienen como síntesis, como punto de equilibrio un mismo propósito: el desarrollo y bienestar físico del ser humano, así como la trascendencia del alma, que permita al hombre acceder a niveles más elevados de consciencia acerca de sí mismo y del mundo en el que habita.

Referencias bibliográficas

1. Allport, G. (1937). "Personality: A psychological interpretation". New York: Henry Holt & Co.
2. Brusset, B. (2004). "La proyección como proceso y como mecanismo". *Revue Française de Psychanalyse*, 5, pp.83–103.
3. Descartes, R. (2005). "El discurso del método". San Salvador: Colección Pensamiento.
4. Foucault, M. (1998). "Historia de la locura en la época clásica". México D.F: Fondo de cultura económica.
5. Foucault, M. (1968). "Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas". Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores S.A de C.V.
6. Freud, S. (2013). "Psicología de los procesos oníricos". En *La interpretación de los sueños* (222–242). Madrid: Alianza Editorial.
7. Freud, S. (1913). "Tótem y tabú". Madrid, España: Alianza Editorial.
8. Fromm, E. (1941). "El miedo a la libertad". México D.F.: Editorial Paidós.
9. *Jung, C.G. (1963). "El sacrificio". En "Símbolos de transformación" (p.432). Barcelona, España: Editorial Paidós.
10. *Jung, C.G. (1981). "El dogma y los símbolos naturales". En "Psicología y religión" (p.78). Barcelona, España: Editorial Paidós.
11. Jung, C. G. (2015). "Las relaciones entre el yo y el inconsciente". Barcelona, España: Editorial Paidós.
12. Lowen, A. (2012). "The Language of the Body". Hinesburg: Alexander Lowen Foundation.
13. Mancuso, V. (2013). "Condiciones y estilo". En "Yo y Dios" (p.120). Barcelona, España: Galaxia Gutenberg.
14. Nietzsche, F. (2007). "Así habló Zaratustra". Buenos Aires: Gradifco.
15. Rousseau, J. (1762, 2008). "El contrato social". Valladolid, España: Editorial Maxtor.
16. Wolff, C. "Psychologia rationalis", Francfort y Leipzig 1734, pág. 34.